Sólo una vez necesité cien duros,
y usted sólo me dió... ¡cuatro pesetas!
¡El único favor que me ha otorgado!
Favor al que deseo
corresponder como sobrino honrado.
Aprovecho gustoso este correo,
y adjuntas van en sellos de franqueo
esas cuatro pesetas que me ha dado.
¿Que usted me deshereda? ¡Pues, corriente!
En cambio, heredo al juez, y no me pesa;
porque, tío por tío, francamente,
me quedo con el tío de Teresa.
Si juzga usted mi epístola insultante,
usted la culpa se la tiene solo...
Conque lo dicho, dicho, ¡y es bastante!
Su sobrino

Manolo.»

LA CARTERA DEL SIMÓN

En el Rastro, en un rincón,
y entre varias chucherías,
encontré hace pocos días
la cartera de un simón;
donde en torcidos renglones
y robando horas al sueño,
iba apuntando su dueño
sus múltiples impresiones.
Algunas, por lo curiosas,
saltan á primera vista.
Voy á copiar de la lista
las que están menos borrosas.

—

«Entierru de un señurón.
Tómanme dos caballerus,
que deben ser herederus
del que ha dadu el estirón.

Fuerun sin pena maldita,
charlandu comu dos lorus
de treatus y de torus,
de la Guerra y del Guerrita.»

—

«Hoy el negociu es seguru.
He comidu unas chuletas
y he bebidu vinu puru...
¡y he *pasadu* tres pesetas
al dar el cambiu de un duru!»

—

«El día veinte de Eneru
hice un viaje á la estación
con un inglés extranjeru
que se marchaba á Aragón.
Parecióme regular,
y lu llevaba con gustu;
pero al quererle cobrar
diez riales más de lo justu,
tal bastonazu me dió,
que caíme del pescante,
y me divide si no
me lu quitan de delante.

Desde entonces, y hace un mes,
aunque esté desalquiladu,
en cuanto veu á un inglés
bajo el *alquila*, escamadu.»

—

«¡Madre de Dios! ¡Qué aguaceru!
Y en tantu ese matrimoniu
sin bajar de ese terceru...
¡Malditu sea el demoniu
y el oficiu de cucheru!»

—

«Tomóme á las tres en puntu
un señoritu elegante
que ventilaba un asuntu,
de fiju muy importante.
De la calle de Zurbanu
á la calle de la Paz,
y luegu á la de Serranu,
y luegu á la de Ferráz.
Después al café Francés,
luegu al Hotel de París,
y en seguida á San Ginés
y á pocu ratu á San Luis.

Fuímonos, por fin, á *Lara*
á buscar á un diputadu.
Díjome que lu esperara,
¡y no ha vueltu el cundenadu!»

—

«Un caballeru de veras
y una señora muy fina...
Paséu por las afueras...
¡Seis pesetas de prupina!»

EPIGRAMA

Tal garrotazo dió Antón
al pobre vago Juan Lago,
que le rompió el esternón;
¡y aún decía el muy bribón
que aquel era un golpe *en vago!*

¡VAMOS A CUENTAS!

(MONÓLOGO)

Ya que con calma te sientas
y estás en tu cuarto solo,
¡vamos á cuentas, Manolo!
¡Manolo, vamos á cuentas!
A mí el deber me asesina,
y hoy podré salir de apuros.
Aquí están los veinte duros
que me han dado en la oficina.
¡Y qué hermosos! No me atrevo
á deshacer el montón;
mas ¡qué diantre! es la ocasión
de que pague lo que debo.
Pupilaje, esta es la cuenta,
cuarenta duros cabales.
Al sastre, *doscientos reales;*
al sombrerero, *sesenta;*
á mi primo Federico,
tres duros. A su señora,

catorce. A la planchadora,
dos duros y un perro chico.
Seis reales á don Andrés;
cinco reales al portero;
á Felipe el camarero
del Suizo, *setenta y tres*.
Cuatro duros á Astudillo;
á Coipel unas recetas;
al sereno *dos pesetas*,
y *un duro* en el estanquillo.
Pues, señor, no hay más asientos.
¡Ajajá! Venga la pluma.
Vamos á ver lo que suma...
¡Qué atrocidad! *¡Mil seiscientos!...*
¿Es posible? ¡Santo Dios!
¿Habrá error? ¡Esto me asusta!
¡Nada! La cuenta está justa.
¡¡Mil seiscientos treinta y dos!!
Siento que me llamen tuno,
pero, hay veinte y debo ochenta...
¿Cómo se arregla la cuenta?
¡Quedando á deber á alguno!
¡A la patrona! Esta es
la mejor de *mis ingleses*...
No pago hace cuatro meses...
¡Puede esperar otro mes!
Y que espere el sastre, ¡claro!
y lo mismo el sombrerero.

Después de todo, el sombrero
en tres duros es muy caro.
¿Pagaré á mi primo?... ¡No!
¿Y á su señora?... ¡Tampoco!
¡Pues, señor, me vuelvo loco!
Pero, ¿á quién le pago yo?
Coipel... Felipe... Astudillo...
Estos pueden esperar.
¡Ya sé! Le voy á pagar
al sereno, ¡pobrecillo!
Mas no, ¡tampoco le pago!
La distinción no es prudente...
Yo soy un hombre decente
y sé bien lo que me hago.
¿Faltar yo á nadie? ¡Jamás!
¡Si hallara un medio oportuno!...
¿Y qué hacer? Si pago á alguno
se ofenderán los demás.
¡Está visto! ¡Esto no tiene
arreglo! De todos modos,
es mejor que esperen todos.
¡Les pagaré el mes que viene!
A fe de formal y honrado,
el mes que viene ¡lo juro!
pagaré el último duro
aunque me quede tronado.
Voy á Fornos á comer.
Esto es lo que debo hacer.

¡Ya me duele la cabeza!
¡Nada! ¡No puede uno ser
hombre de delicadeza!...

¡MISTERIO!

La noche está obscura, obscura;
sobre fogoso alazán,
atraviesa la espesura
del bosque, el Conde don Juan,
sumido en honda amargura.
Llega al borde de un torrente...
piensa en su amor y en su gloria...
limpia el sudor de su frente...
lanza un grito... acude gente...
¡Y aquí se acaba la historia!

PARA MI ALBUM...

(CUANDO LO TENGA)

Ya que á gentes extrañas todos los días
les dedico canciones y poesías,
me parece muy justo, por mil razones,
dedicarme *á mí mismo* cuatro renglones.
He dicho cuatro y pude decir cuarenta,
porque hasta el fin no es fácil sacar la cuenta;
y aunque al ver que son malos muchos se enojen,
yo quiero hacer los versos que se me antojen,
pues siendo para un album propiedad mía,
nadie quitarme puede mi autonomía.
Salga lo que saliere, yo no me asusto,
y ¡andando! que lo dicho sale á mi gusto.

—

Eres, Vital, un chico desarrollado,
de aquellos que te aprecian muy apreciado.
Si tienes enemigos yo los detesto.
Tú eres bueno, eres listo, y eres... modesto.

Y ya que por modestia callas á veces,
déjame á mí decirte lo que mereces.
Déjame que te elogie, ¡siempre consuela
hacer con los amigos papel de abuela!
Son tus ojos dos ojos con entrecejo,
y yo en ellos me miro... frente al espejo.
Y al mirarme, me veo de tal manera,
que más de cuatro veces cegar quisiera.
Si gastas, sólo gastas de tu dinero,
y vives al corriente con tu casero.
Y aunque no estés con todos tan al corriente,
el tener ciertas deudas es conveniente.
No te importe el asunto tres caracoles,
que aquí debemos todos los españoles.
Te llaman los amigos *el larguirucho*,
pero á mí largo y todo me gustas mucho.
Estírate si puedes, yo te lo encargo,
que en el mundo, ya sabes, que *hay que ser largo*.
Como dudar no puedes de mi cariño,
sigue fiel mis consejos, no seas niño.
Trabaja, y no te apures si no se cobra,
que hay ricos que no tienen lo que te sobra.
La alegría es dinero, por más que hoy día
no se compren las cosas con alegría.
Sigue por tu camino siempre animoso,
y, por Dios te lo ruego, no hagas el oso.
Déjate de cuestiones y de belenes,
que ya tienes bastante con lo que tienes.

Haz el amor si sientes algo en el pecho,
ó, como dice Blasco, cómpralo hecho.
No te las eches nunca de hombre profundo;
procura ser amable con todo el mundo;
no hables á los señores de lo que ignoras,
y pásate de fino con las señoras.
Si te ofrecen dinero tómalo al punto,
pero si te lo piden, cambia de asunto.
Sigue, en fin, mis consejos, no hagas el primo,
pues ya sabes lo mucho que yo te estimo.
Y si algo necesitas aquí te espero.
Pídeme lo que quieras... ménos dinero.

MEDITACIÓN

¡Cuántas gentes en el mundo
llevan desnudas las piernas!
¡Unos por falta de medios,
y otros por falta de medias!

PLAN CURATIVO

—¡Niña!
—¡Mamá!
—¿Qué te pasa?
¿No vienes á la novena?
—¡Ay, mamá! ¡Si no estoy buena!
—¿Que no? Pues quédate en casa.
—¿Y vás sola?
—Claro está.
—¡Yo lo siento!
—No te apures.
Es preciso que te cures.
Acuéstate.
—¡No, mamá!...
—¿A ver? ¿Qué sientes?
—¡Calor!
—¡Es aprensión, criatura!
¡Si no tienes calentura!
—¿Que no tengo?
—No, señor.

—Pues siento un frío en los piés
y en la cabeza un mareo...
—Anda, y damos un paseo
antes de ir á San Ginés.
—¡Me canso!
—Iremos en coche.
Lo tomaremos por horas.
¡Verás cómo te mejoras
con el fresco de la noche!
—¡Tengo tos!
—¡Quita, por Dios!
—¡Me duele aquí cuando toso!
—¡Bobadas! ¡Eso es nervioso!
¡No vale nada esa tos!
—Pues no te canses, mamá:
hoy no salgo, lo repito.
Voy á acostarme un poquito
encima de este sofá.
—¡Jesús! ¡Eres más cobarde!...
—Quizá me alivie con eso.
—¡Aprensión! Pues dame un beso.
¡Las ocho y media! ¡Qué tarde!
Y hoy es el último día...
Así... Abrígate los piés.
¡Otro beso! Hasta después.
Que te alivies, hija mía.
.....
(Sale la mamá de casa,

queda la criada alerta,
se oye rechinar la puerta
y una voz que dice: ¡Pasa!)
. . . . . .
—¡Alfredo!
—¡Amalia querida!
—¿Te habrán visto?
—No. Tén calma.
¿Me quieres?
—¡Con vida y alma!
¿Y tú á mí?
—¡Con alma y vida!
. . . . . .
(Es muy corta la novena;
corren breves los instantes,
y en gracia á los dos amantes,
paso por alto la escena.
Se oyen pasos... ¡La mamá!
Huye el joven con premura,
y la niña se apresura
á acostarse en el sofá.)
. . . . . .
—Hija mía, ¿estás durmiendo?
¡Temí haberte despertado!
Por volver pronto á tu lado,
recé de prisa y corriendo.
¿Cómo te encuentras?
—¡Mejor!

—¿A ver? ¡Dios mío! ¿Qué tienes?
¡Si están ardiendo tus sienes!
Voy á llamar al doctor.
—No, mamá.
—Sí, vida mía.
—Ya estoy bien; no es de cuidado.
—Tienes el pulso agitado.
—Los nervios...
—¡Qué tontería!
Corro al punto. Tú estás mala.
¿Que te receten cuanto antes!
. . . . . .
(Y al cabo de unos instantes
entra el médico en la sala.
Pulsa á la niña intranquila;
la encuentra un poco nerviosa,
y por mandar cualquier cosa,
le manda que tome tila.)
—Hoy por hoy no es de cuidado.
Conozco bien su dolor.
(Hay que advertir que el doctor
vive en el cuarto de al lado.)
—¿Conque no es grave, verdad?
(Dice la madre.)
—Señora...
Aquí, entre los dos, ahora,
el mal es de gravedad.
—¡Dios mío!

—¡Yo soy muy viejo
y práctico!
—¡Ya lo sé!
—Y como la aprecio á usté,
me permito este consejo:
¡Abra usted mucho los ojos!
La niña—á mi plan me aferro—
necesita mucho hierro.
—¿En píldoras?
—No. ¡¡En cerrojos!!

Paco Peco, chico rico,
insultaba como un loco
á su tío Federico,
y éste dijo:—Poco á poco,
Paco Peco, poco pico.

LECTURA DE UN DRAMA

Queriendo ser un autor
de los de renombre y fama,
escribí hace poco un drama
terrible, conmovedor.
Drama de lúgubre asunto;
de luchas fieras, tenaces;
con situaciones capaces
de conmover á un difunto.
Siete robos, un suicidio,
mucho amor, mucho interés,
dos adulterios y tres
conatos de infanticidio.
—¡Qué drama! dije. ¡Esto tiene
que ser desconsolador!
¡Hasta el mismo apuntador
llorará cuando se estrene!
Ansiando oir el sincero
parecer de los demás,
fuí en seguida á ver á Blas,

que es mi amigo y consejero.
—Chico, te vengo á leer
una producción.
—Ya escucho.
—Yo celebraría mucho
que la oyera tu mujer.
—Bueno; llamaré á mi esposa.
—Venga, si no está ocupada,
Rita también. (La criada,
una alcarreña preciosa.)
—¿La criada? ¡Qué ocurrencia!
—¡Que venga! ¡Vaya un repulgo!
Rita es el vulgo, y el vulgo
tiene mucha inteligencia.
—Bueno. ¡Respeto al autor!
Pasemos al gabinete.
¿Y qué es ello? ¿Algún juguete?
—¿Juguete? ¡Quiá! ¡No, señor!
¡Es un drama! (Blas dió un salto.)
—¿Un drama? ¡Chico! ¡Me escama!
—Pues, sí, señor. Es un drama,
¡pero por todo lo alto!
—¿Dónde están esas mujeres?
¡Paz! ¡Rita! ¡Podéis venir!
Sentaos. Vamos á oir
un drama. Empieza si quieres.
Dí principio á la lectura
con voz campanuda y grave;

como todo autor que sabe
que su triunfo se asegura.
Impaciente me escuchaban;
y yo leía, aunque mal,
seguro de que al final
del primer acto lloraban.
Mas, dió fin. Blas y su esposa
no se habían conmovido.
Todo lo habían oído,
así, como si tal cosa.
—¿Nada sentís? ¡Es chocante!
les dije algo amostazado.
—¡Aun no nos ha impresionado!
¡Veremos más adelante!
Mas ví para mi consuelo,
que Rita, que me escuchaba,
ruborosa se limpiaba
los ojos con el pañuelo.
Seguí leyendo, animoso.
Crece el interés del drama.
Huye la primera dama,
y el galán que es muy celoso,
temiendo un nuevo desmán,
mata á su hermano, iracundo,
¡y acaba el acto segundo
suicidándose el galán!
Pero aunque el acto acababa,
para desventura mía,

ví que Blas se sonreía
y su esposa bostezaba.
Con horrible desencanto
iba á marcharme de allí,
cuando á la alcarreña ví
sumida en copioso llanto.
—¡Esa sensible alcarreña
tiene corazón! ¡Ya véis!
Vosotros no lo tenéis,
¡ó será de bronce ó peña!
¡Esa pobre criatura
no me ha oído indiferente!
¡A tí, muchacha inocente,
te conmueve mi lectura!
¡Así el público ha de ser!
¡Sano! ¡Sin hipocresía!...
Y la muchacha me oía
llorando á más no poder.
Tanto aumentó su aflicción
del drama al funesto giro,
que dió la pobre un suspiro
que me partió el corazón.
De mi orgullo en el exceso:
—¡Calma, dije, tu dolor!
¡No llores más!
—¡No, señor!
¡Si yo no lloro por eso!
—¡¡Eh!! ¿Que no?

—¡Qué he de llorar!
—¿Pues por qué te desconsuelas?
—¡Porque me duelen las muelas
que no las puedo aguantar!...

LA CONFESIÓN

—¡Señor cura! ¡Señor cura!
¿Qué tendré en mi corazón,
que á veces siento dulzura
y otras tanta agitación?
¿Qué tendré, que el alma mía
ríe y llora sin cesar,
y á veces siento alegría
y otras me mata el pesar?
¿Qué tendré, que aquí en las sienes
llega el calor á abrasarme?...
—¡Hija mía, lo que tienes
es gana de fastidiarme!